

Un libro de descubrimiento de AB

A blurry, sepia-toned photograph of a woman with dark hair, wearing a patterned top, looking down.

# Tía Sarah

**Colin Milton**

# Tía Sarah



"Hoy vamos a casa de Sarah y quiero que te comportes lo mejor posible".

Ella ajustó cuidadosamente el cuello de su camisa mientras él permanecía emocionado frente a ella.

Sarah es una amiga mía que nos ha invitado a tomar el té.  
¡Seguro que te trae un zumo! —rió entre dientes y le pellizcó la mejilla.

Él le devolvió su sonrisa amorosamente.

¡Listo! ¡Servirás! Se inclinó de nuevo, alisándole el cárdigan azul pálido y blanco, quitándole una pelusa blanca del hombro. Cogió su bolso y miró dentro.

"¿Crees que necesitaremos esto, cariño, o vas a intentar ser un niño grande hoy con mamá y Sarah?" Sostenía un pequeño estuche de plástico transparente que contenía un chupete de bebé, de plástico azul pálido y blanco.

Ella lo miró interrogativamente a los ojos mientras él respondía en voz baja: "Un niño grande, mami".

"¿Un niño grande? ¿En serio?" Sonrió con indulgencia.  
"Bueno, está bien, pero mamá lo guardará en su bolso por si lo

necesitas. Por si acaso, porque sé que ya eres un niño grande", bromeó.

Ya no eres un bebé?", preguntó retóricamente y negó con la cabeza.

"No, mami. Ya soy un niño grande". Y, en realidad, él *Era* un niño grande. Un niño *muy* grande. Tenía treinta y dos años y la mujer a la que llamaba Mamá era su esposa desde hacía más de ocho años.

Cathy sonrió ante su infantil afirmación de madurez. Le sonrió con una cálida y maternal sonrisa mientras guardaba el chupete en su bolso.

"¡Por si acaso!" susurró conspirativamente y arrugó la nariz, sonriendo.

Él le devolvió la sonrisa, sabiendo que pasar varias horas el fin de semana sin la disponibilidad inmediata de su chupete no sería fácil, tal era su dependencia únicamente de cosas infantiles. Sin embargo, estaba decidido a aferrarse a algún atisbo de madurez, por pequeño que fuera.

—Ve a buscar tu abrigo del perchero y tráelo a mamá —dijo Cathy con entusiasmo—. ¡Anda! ¡Corre!

Se dio la vuelta y, medio corriendo, medio escabulléndose, llegó al pie de la escalera donde colgaba su abrigo. Se lo quitó y regresó con su esposa, extiéndolo frente a él como si participara en un elaborado juego humano de "¡Trae!".

—¡Buen chico! Sabes cuál es tu abrigo, ¿verdad? —Asintió una vez más, encantado con su elogio.

Con paciencia, lo ayudó a ponerse el abrigo y le abotonó el frente de abajo a arriba. "¡Qué abrigado! ¡Te ves muy elegante! ¡Buen chico!"

## Tía Sarah

El término "*buen chico*" se había convertido en la palabra clave que Cathy usaba con su marido. Dicho con el tono justo, como una madre a su bebé, sabía muy bien cuánto lo excitaba y, al mismo tiempo, lo hacía más dócil a su voluntad. Tomó su bolso, le ofreció la mano y sonrió cuando él la agarró con entusiasmo y de forma automática, tal como le había enseñado a hacer.

El viaje en coche duró poco más de veinte minutos. Durante el trayecto, Cathy le contó que ella y Sarah llevaban unos tres meses escribiéndose y que iba a ayudarla con un pequeño problema que tenía en casa. Steven aparcó el coche frente a una casa grande, un poco apartada de la carretera.

—Tienes que portarte bien hoy, Steven. No quiero que te inquietes ni te preocupes. Solo estaremos aquí un ratito, así que quédate quieto y el tiempo pasará rapidísimo. ¿De acuerdo? —Le apretó la mano suavemente.

Él asintió y sonrió con desgana, tratando de disimular, además de controlar, su importante inquietud al conocer a esa nueva persona en el círculo de amigos de su esposa.

Se quedó al lado de su esposa mientras ella tocaba el timbre. Una joven de veintitantes años le abrió la puerta. Sonrió cálidamente.

“¿Cathy?”

Su esposa sonrió y respondió: “¡Hola Sarah! Me alegra conocerte por fin”.

Cathy puso su mano sobre los brazos de Steven y lo condujo hacia la puerta que estaba frente a ella.

—¿Y tú debes ser Steven? —preguntó Sarah con cierta condescendencia, sonriéndole—. Adelante. Cathy esperó a que su marido entrara antes de seguirlo.

Sarah los condujo a una larga sala de estar que daba a un gran invernadero. La habitación era luminosa y soleada.

## Tía Sarah

“¿Quieres que le quite su abrigo?” le preguntó Sarah a Cathy.

—Oh, si no le importa. Sí, por favor —respondió Cathy y empezó a desabrocharle el abrigo. Steven abrió mucho los ojos al hacerlo, intentando advertirle de su vergüenza. Ella no prestó atención a su incomodidad, simplemente le sonrió. Cathy le pasó el abrigo a Sarah, quien lo colgó detrás de la puerta principal.

“Siéntate aquí, cariño”, dijo Cathy. “Así podré vigilarte”. Se sentó con cuidado en el sofá, consciente de nuevo del volumen de los dos pañales y el pantalón de plástico que llevaba. Esperaba que Sarah no se hubiera dado cuenta.

Mientras las damas empezaban a charlar, la mirada de Steven recorrió la sala. Era evidente que Sarah tenía buen gusto y la capacidad de darse un capricho. Hablaba con suavidad y era evidente que tenía una buena educación. Era fácil entender por qué ella y su esposa se habían hecho amigas tan rápido.

Steven escuchó cortésmente, sin mucho interés en la charla de chicas. No tenía sentido mostrar interés . Después de todo, mamá le había dicho que guardara silencio a menos que le hablaran. Sus ensoñaciones se interrumpieron al oír a Sarah pronunciar su nombre. Sin embargo, seguía hablando con Cathy.

“¿Le gustaría tomar algo también?” preguntó.

“¿Quieres algo de beber, cariño?” Cathy le habló con su voz *de mamá* . Aunque Steven se ruborizó, logró responder: “Sí, por favor”.

Ambas mujeres se sonrieron, se levantaron y se dirigieron a la cocina. «Quédense ahí. Yo me quedaré aquí», dijo Cathy.

Podía oírlos charlando en la cocina, aunque mucho más bajo que antes. Era difícil entender lo que decían. Miró el reloj y vio que solo llevaban allí unos quince minutos. Recordó que los habían invitado a tomar el té de la tarde , así que no era probable que se

fueran pronto. Suspiró para sí mismo, pues sabía que tendría que aguantarse y sonreír.

“¿Podrá con eso?” escuchó que Sarah le preguntaba a su esposa.

—Sí, no debería tener problema, ¡siempre que se siente derecho! —y las oyó reírse como dos colegialas traviesas. Ese comentario no tenía sentido para él en ese momento. Sin embargo, pronto lo tendría al verlas entrar de nuevo en la habitación con sus tazas de té y un vaso de plástico Tommee Tippee de colores brillantes. El corazón de Steven pareció dar un vuelco y luego empezó a latir con fuerza. Miró a su esposa y luego a Sarah, pero ambas estaban demasiado ocupadas hablando como para notar su confusión, aunque eran plenamente conscientes de ella y disfrutaban con ella.

Se sentaron y su esposa le pasó el vaso de plástico. «Con las dos manos. Enséñame cómo lo sostiene un buen chico».

Instintivamente, como ya era habitual en él, levantó ambas manos y agarró las dos pequeñas asas amarillas brillantes, como le habían indicado. Miró de reojo a Sarah, sentada frente a él, y apartó la vista rápidamente al darse cuenta de que lo estaba mirando fijamente.

Creo que deberías agradecerle a Sarah por regalarte una taza especial. Todavía no tiene un niño pequeño al que cuidar, así que es muy especial.

Dudó y volvió a levantar la vista. Respiró hondo al darse cuenta de que Sarah ahora era consciente, al menos en parte, de su estado infantil. Dijo en voz baja: «Gracias, Sarah».

—Eh... creo que te refieres a *la tía Sarah*, ¿no? —corrigió Cathy rápidamente.

“Gracias, tía Sarah”, dijo.

## Tía Sarah

“Y si derramas algo sobre tu ropa nueva, la tía Sarah tiene baberos nuevos para bebé y, si el vasito para bebés está demasiado sucio, tiene un biberón que puedes usar”.

Se volvió hacia Sarah y, burlonamente, le confesó: «Todavía tiene el biberón en casa casi todo el tiempo. ¡Nunca le ha cogido el truco a un vasito, bendito sea!». Se rieron al pensarla.

—¡Dios mío! —dijo Sarah—. ¡Se está sonrojando! ¿No sabía que me lo habías dicho?

—¡Oh, no! No le cuento nada a menos que realmente necesite saberlo. Me gusta que sea sencillo y agradable para él — respondió Cathy.

—Y cómo lo llevaste a este punto? ¿A aceptar lo de ser un *nño pequeño*?

“En realidad fue sorprendentemente fácil”, admitió Cathy. Poco a poco fui dejando de esperar sexo cuando él quería. Ahora solo lo tengo cuando yo quiero y siempre bajo mis condiciones. Me di cuenta de lo atento y servicial que se volvía cuando no tenía sexo. Así que aproveché eso. Solo podía tocarme cuando se portaba bien, haciendo las tareas de la casa. Poco a poco, hacía todas las tareas del hogar, casi toda la comida, y todo por la promesa de un orgasmo ocasional. Todo estuvo bien durante unas semanas, pero luego su trabajo empeoró y empezó a cuestionarse lo que le decían. Pronto me di cuenta de que se debía a que se masturbaba cada vez que estaba excitado y, por lo tanto, había perdido la motivación para hacer lo que le decían. Me di cuenta de que tenía que hacer algo y no quería simplemente un cinturón de castidad para él. Había visto algunos en internet y parecían bastante incómodos y, desde luego, poco atractivos. Así que decidí volver a ponerle pañales para que no pudiera jugar consigo mismo. Es una solución mucho más sencilla y lo hace más dependiente. y atento conmigo.”

—¿Cuál fue su reacción ante eso? —preguntó Sarah, casi con la boca abierta por el interés.

## Tía Sarah

—Bueno, la verdad es que no fue tan difícil como crees. Por eso creo que volver a ponerle pañales a tu Andrew debería ser relativamente fácil —respondió Cathy.

Empecé a animar a Stevie a que prestara más atención a mis pechos por la noche y en la cama. Mientras nos relajábamos viendo la tele, lo hacía tumbarse en mi regazo con la cabeza sobre mis pechos. Lo abrazaba como a un bebé y le hacía ruiditos para tranquilizarlo. Al principio pensó que era una broma , pero insistí hasta que lo aceptó como algo normal cuando lo abrazaba. Creo que lo veía como algo mío; no tenía ni idea de lo que hacía. ¡Bendito sea!

Cathy podía percibir la creciente incomodidad de su marido ante sus revelaciones sobre sus vidas privadas, pero sabía que él ansiaba secretamente esa vergüenza y esa suave humillación.

Así que, literalmente durante una o dos semanas, lo animé a venir a abrazarlo siempre que fuera posible. Una noche, le puse el pezón en la boca y le susurré que era hora de que aprendiera a mamar. Recuerdo su sonrisa al agarrarse, sabiendo que me había referido a eso como amamantamiento, en lugar de como un preludio al sexo. Se acostumbró a venir a mí cada pocas horas para que lo abrazara y lo alimentara, así que decidí empezar a recompensarlo frotándolo a través de sus pantalones.

Ella sonrió al recordarlo mientras Sarah estaba pendiente de cada una de sus palabras.

La primera vez que lo hice correrse, me aseguré de que llevara pantalones claros, ¡sabiendo que pronto se le notaría la mancha húmeda! Después de hacerlo varias veces, fue fácil sugerirle protección para evitar mojarlo. Él aceptó porque estaba atrayendo la atención y pensó que cediendo a mí, ¡obtendría el beneficio! En cuanto empezó a usar pañales, empecé a dejar que se corriera cada vez menos, ¡a veces solo si se portaba bien y mojaba el pañal!

"¿En serio?", jadeó Sarah.

## Tía Sarah

—¡Ah, sí! Lo aceptó enseguida. ¡Me ha resultado muy revelador descubrir qué hará si le sugiero que le permita correrse!

“Hoy en día, siempre me corro cuando le permito tener sexo, pero el pequeño Stevie no ha hecho un desastre cremoso en la cama para mamá desde hace más de seis meses, ¿verdad, cariño?”

Ella lo miró. Su sonrisa burlona no pudo ocultar su amor por él. Steven se sonrojó intensamente, consciente ahora de que su condición de bebé había sido claramente tema de conversación entre las damas desde hacía tiempo, antes de la reunión de hoy.

—Seis meses? —En serio? —Sarah parecía horrorizada—. Andrew espera correrse tres o cuatro veces por semana, sin pensar en lo que yo pueda querer o necesitar.

—Pero todavía hace líos, ¿no es así, cariño? —bromeó.

Se sonrojó como una remolacha.

Sonriendo, Cathy reveló: «Ya casi siempre usa pañales. De hecho, lleva así un año. Pañales y pantalones bonitos. ¡Se ensucian bastante!», rió.

—¿Lleva pañal ahora?, preguntó Sarah con voz emocionada.

—¡Ah, sí! No podemos arriesgarnos a que se orine en los muebles de otra señora, ¿verdad, cariño? —respondió Cathy mientras miraba a Steven.

siempre usa pañales o calzoncillos de entrenamiento. Personalmente, me siento más feliz cuando usa el pañal correcto. Son más seguros y mejores para su entrenamiento que los calzoncillos tipo pull-up, que son mucho más finos.

Steven se retorció visiblemente mientras las mujeres lo provocaban. Entonces llegaron las palabras que tanto temía.

—¿Te gustaría ver cómo está el pañal? Debería revisarlo de todas formas. No quiero que vuelva a tener dermatitis del pañal.

## Tía Sarah

"¡Me encantaría!", dijo Sarah, reclinándose y aplaudiendo encantada. "¡No puedo creerlo!"

Ven aquí, cariño. Ponte delante de mamá y la tía Sarah.

Steven se dio cuenta de que ahora sería *la tía Sarah*. Se preguntó hasta dónde llegaría esto.

Se paró frente a su esposa mientras ella le desabrochaba los zapatos y se los quitaba, dejándolos a un lado. Ella le sonrió mientras sus manos se movían para desabrocharle la cinturilla. Sus pantalones y la cremallera sobrante se abrieron en un instante cuando Cathy tiró con fuerza de la tela y tiró hacia abajo para revelar su abultado pañal y sus pantalones.

¡Aquí están! El pañal y los pantalones de mi pequeño. ¿Verdad que son preciosos? —comentó Cathy mientras seguía sacando las piernas de Steven de sus pantalones.

¡Levanta los pies, cariño! ¡Uno a la vez!

Steven hizo lo que le dijeron, dolorosamente consciente de cómo Sarah lo miraba mientras su humillación y sumisión se desarrollaban ante ella.

—¡Ay, sus pantalones de plástico tienen ositos de peluche! —dijo Sarah, inclinándose para verlo mejor—. ¡Parecen idénticos a los pantalones de bebé de verdad!

“Sí, lo son. He encontrado a alguien que puede confeccionar sus cositas de bebé con el estilo y el patrón que yo quiera. Vale la pena pagar un poco más para que queden perfectas. Además, tiene una funda de pañal con cierre. Aunque es más bien para castigar. Una vez cerrada, no puede quitársela ni aunque quiera. Su pañal se queda puesto hasta que se lo quito. Hace un par de meses se portó bastante mal, así que no lo cambié muy a menudo durante tres o cuatro días. Quería ver si podía provocarle dermatitis del pañal”, hizo una pausa y sonrió. “¡No tardó mucho!”

## Tía Sarah

Miró a Steven, sabiendo que recordaba la vez que Cathy le había causado una dermatitis del pañal. Sonrió ante su evidente humillación.

Ve y enséñale a Sarah tus pantalones de bebé, cariño. Ponte erguida como un soldado.

Steven se arrastró frente a Sarah y se quedó cabizbajo. No se imaginaba que su tarde sería así.

Sarah frotó el suave plástico estampado entre el pulgar y el índice. "¡Son tan suaves!", dijo.

Ese par sí lo es, aunque tiene otros más gruesos y rígidos. También hacen ruido al caminar, así que siempre está muy atento a que otros puedan oírlos crujir al moverse. Lo mantienen alerta y le recuerdan que debe ser un buen chico. ¿Verdad, Steviekins ?

Su apodo . Su esposa disfrutaba de su vergüenza e iba a aprovecharla al máximo.

—Al suelo, cariño —le indicó Cathy. Steven se desplomó en el suelo. Su trasero acolchado tocó la alfombra con un golpe sordo. Giró la cabeza de inmediato hacia Cathy, buscando su siguiente instrucción.

En cambio, ella simplemente sonrió orgullosamente mientras su marido obedecía cada una de sus palabras.

"¿Comemos algo?", preguntó Sarah alegremente. Aunque Steven no lo sabía con certeza, pensó que esto podría divertir aún más a las damas.

"Le compré un regalito a Steven, porque sabía que venía de visita hoy", comentó Sarah con naturalidad al levantarse. "Es solo un libro para colorear y unos crayones, pero pensé que lo entretendría mientras preparábamos la comida. Espero que no te parezca demasiado infantil para él".

## Tía Sarah

Cathy respondió rápidamente: "¡Para nada! Sería difícil encontrar algo demasiado infantil para un hombre que todavía usa pañales, biberón, baberos y chupete, ¿verdad?". Ambas mujeres rieron entre dientes ante lo ridículo de la situación de Steven.

—¡Oh , mira, Stevie! —exclamó Cathy entusiasmada, sin ninguna sinceridad.

Hojeó las páginas, inclinando el libro para que su esposo pudiera ver los dibujos de animales sonrientes vestidos con trajes tradicionales de niño pequeño. Un pato vestido de marinero con un barquito de juguete, un conejito con peto sentado entre varios huevos de Pascua decorados.

¡Qué regalo tan bonito! ¡Gracias, Steviekins !

Steven miró a Sarah y le dio las gracias, tratando de parecer genuinamente agradecido por el pequeño regalo.

De nada , Stevie. ¿ Te gustaría venir a colorear en la mesa de la cocina? —preguntó Sarah. Aunque la pregunta era retórica. No había otra opción.

¡Arrástrate, cariño! Enséñale a Sarah lo bien que te mueves a gatas.

Steven se arrastró hacia adelante, siguiendo a las dos damas sonrientes.

Sarah acercó una silla y le indicó que se sentara. El libro para colorear y los crayones estaban convenientemente colocados para él. Steven, mirando la página abierta y el gráfico infantil, tomó un crayón, resignado a su inútil tarea.

—¡Ay, ay ! —regañó Cathy suavemente—. Otro bebé pandi. Mamá quiere que colores con tu otro pandi. ¡Qué buen chico!

Steven cambió el crayón a su mano izquierda, sabiendo que si lo obligaban a usar su mano no dominante, sus colores parecerían mucho más infantiles.

## Tía Sarah

—¡Qué chico tan listo! —dijo Cathy mientras le revolvía el pelo y se volvía hacia Sarah.

"¿Cuánto tiempo lo mantendrá ocupado?" preguntó Sarah con curiosidad.

"Básicamente, mientras yo quiera", respondió Cathy con algo de orgullo. "No es su decisión cuándo parar. Es mía".

Steven empezó a colorear, intentando conservar un pequeño vestigio de orgullo al demostrar que podía mantener sus esfuerzos dentro de las líneas. Pronto se hizo evidente que le costaba lograrlo. A pesar de sus mejores esfuerzos, la gruesa marca de crayón ceroso cruzaba la línea negra una y otra vez.

Cathy tenía razón. Steven estaba realmente absorto en su libro para colorear. Estaba concentrado en él mientras su mamá y su tía Sarah preparaban la merienda.

Su concentración se interrumpió cuando Cathy colocó la bolsa con sus cosas de bebé sobre la mesa, junto a su libro. Levantó la vista justo a tiempo para ver cómo ella desabrochaba la cremallera y sacaba uno de sus baberos. Sin dejar de hablar con Sarah, se colocó detrás de su marido y le abrochó el babero alrededor del cuello. Lo ajustó ligeramente despegando el velcro y luego le alisó el babero de toalla sobre el pecho.

Steven bajó la vista y vio el motivo amarillo pálido bordado *del Bebé de Mamá*, que casi brillaba sobre el fondo blanco. Burlándose de su condición de adulto.

Steven giró a su izquierda, mirando hacia donde las señoras preparaban la comida. Junto a sus platos repletos de ensaladas frescas y pan crujiente había un comedero de plástico azul brillante, similar a los que usaba para bebés en casa. A su lado había una cuchara larga de plástico verde y, además, un biberón rebosante de leche cremosa, que sabía por experiencia que probablemente era leche de fórmula.

"¿Estaría bien si lo alimento, Cathy?"

—Sí, claro. Si le das su papilla primero y luego puede tomar el biberón cuando volvamos a la sala.

Ambas señoras se sentaron a la mesa. Sarah acercó el tazón de plástico de Steven para que pudiera alimentarlo. Steven miró el contenido y sintió alivio al ver que la papilla para bebés se parecía a una de sus favoritas: un puré de mango y plátano, ideal para el destete de los bebés más pequeños.

Sarah sonrió ampliamente mientras removía la comida anaranjada con la cuchara. Tomó una cucharada y raspó el exceso contra el borde del tazón, golpeándolo dos veces. Incluso el golpeteo de la cuchara de plástico contra el tazón de plástico tenía ahora un efecto erótico en Steven. Marcaba el inconfundible preludio de que lo alimentaran como a un bebé, y ese pensamiento siempre lo excitaba y lo hacía sentir más sumiso. Incluso él, sin embargo, se sorprendía de su excitación refleja, incluso cuando estaba a punto de ser alimentado por alguien que no fuera su mamá.

¡Mmmmm ! ¡Qué rico! —dijo Sarah mientras acercaba la cuchara a su boca—. Abre bien la boca. ¡Buen chico!

Steven la miró fijamente y abrió la boca más de lo necesario. La sonrisa de Sarah se ensanchó al ponerle la cuchara en la boca y ver cómo sus labios se cerraban alrededor.

—Dile a mamá cuánto te gusta tu papilla, Steven. ¡Relájate! ¡Que te escuchemos!

Steven hizo fuertes ruidos con sus labios, para su diversión.

Cucharada a cucharada, la comida del tazón disminuía. Steven disfrutaba de ser alimentado por Sarah. Se sentía tranquilo y seguro sabiendo que no tenía que tomar decisiones y que todas sus necesidades serían atendidas, aunque de la misma manera que se atendían las de un bebé. No se esperaba que mostrara emociones ni

## Tía Sarah

comportamientos de adulto, y aunque estaba "atrapado" en su estado de bebé, se dio cuenta de que su espíritu nunca se había sentido más libre.

Su mirada se posó en el biberón de leche que aún esperaba y su mente se llenó de recuerdos reconfortantes de ser abrazado y amamantado por Sarah. Sonrió ampliamente de lo feliz que estaba.

***Si te gustó este libro, consulta el catálogo completo en  
www.abdiscovery.com.au***